

Edipo, para una ética de la diferencia

GUSTAVO SOGLIANO¹

DOI: 10.36496/N139.A9

ORCID: [HTTPS://ORCID.ORG/0000-0001-9890-0469](https://orcid.org/0000-0001-9890-0469)

RECIBIDO: SETIEMBRE 2024 | ACEPTADO: SETIEMBRE 2024

RESUMEN

Edipo, desde la tragedia al fundamento de estructuración psíquica, es en su proceso y dimensión cultural un devenir donde se alcanza la posible capacidad de diferencia que supone un posicionamiento ético en el encuentro con el otro. Ética que es fuente de regulación pulsional y de responsabilidad por el otro. El trabajo intenta explorar el engarce entre estos conceptos fundamentales del acontecer humano. Su inserción cultural en la trama teórica de comprensión freudiana como fundamento ingresa en relación con autores que, desde otras disciplinas humanas, concurren en el sentido de esta lectura. Destacar la validez de estos conceptos que transitan entre lo singular y lo colectivo parece ser un requerimiento que confronta las formas de poder y omnipotencia que, en lo psíquico y sus expresiones culturales, impiden el posible reconocimiento del otro en su condición de enigma y diferencia.

DESCRIPTORES: MITO EDÍPICO / TRANSGENERACIONAL / CULTURA
/ COMPLEJO DE EDIPO / ÉTICA / ESTRUCTURA EDÍPICA

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. sogliano@montevideo.com.uy

SUMMARY

Oedipus, from tragedy to the foundation of psychic structuring, is in its process and cultural dimension a becoming where the possible capacity for difference that an ethical positioning in the encounter with the other is achieved. Ethics, which is a source of instinctual regulation and responsibility for the other. The work attempts to explore the connection between these fundamental concepts of human events. Its cultural insertion in the theoretical framework of Freudian understanding as a foundation, enters in relation to authors who from other human disciplines concur in the sense of this reading. Highlighting the validity of these concepts that move between the singular and the collective, seems to be a requirement that confronts the forms of power and omnipotence that, in the psychic and its cultural expressions, prevent the possible recognition of the other in its condition of enigma and difference.

KEYWORDS: OEDIPAL MYTH / TRANSGENERATIONAL / CULTURE
/ OEDIPAL STRUCTURE / ETHIC / OEDIPUS COMPLEX

Es notable que, teniendo tan escasas posibilidades de existir aislados, los seres humanos sientan como gravosa opresión, los sacrificios a que los insta la cultura a fin de permitir una convivencia.

Freud, 1927

Escribo estas líneas en tiempos de dolorosas guerras, su secuela histórica y vivencial de muertes y destrucción. Toda guerra es siempre inhumana, traumática y devastadora, más allá de quien aparezca eventualmente victorioso. Impredicable o no, un nuevo suceso bélico puede desbordar en cualquier momento, con su nivel de violencia irruptiva.

Escribo en tiempos de profundos conflictos culturales, sociales, raciales, económicos y geopolíticos que dan lugar a profundas desigualdades,

que por conocidas y visibles no enumero, pero que van constituyendo fragmentaciones sociales y sus correlatos de violencias, en las que habrá vidas que proteger, mientras otras pueden volverse desechables.

Escribo aún desde lo que pudiera ser considerado una visión caduca, de alguna manera imposible y siempre inconclusa, que a la vez intenta proponer una perspectiva o quizás constituir un argumento ante la angustia.

Escribo desde una incipiente búsqueda, sabiendo de los límites de la perspectiva personal. Límites también del psicoanálisis para dar cuenta de sucesos que requieren un más allá de lo académico o interdisciplinario, pero límites que no constituyan un impedimento inhibitorio del pensar. En tiempos de posverdad, en que podemos oscilar entre el descreimiento radical o la radicalización fanática de las verdades, se hace en mi opinión necesario intentar, proponer desde la pregunta que procura ser aporte, y que este no sea solo desde una creencia personal concluyente. Como psicoanalistas, nuestros instrumentos retoman o retornan desde nuestro quehacer y nuestra posible y subjetiva observación de lo que parece estar a nuestro alcance.

En este caso, la reflexión se orienta a formular una hipótesis, una línea de pensamiento a partir de lo que constituye una de las formulaciones centrales del pensamiento psicoanalítico: lo edípico en su complejidad, en relación con la noción de ética, en tanto lo inconmensurable de cada disciplina sea más un desafío que un impedimento. Lo edípico en su condición de configuración que estructura lugares en los que confluyen formas del deseo y expresiones de su regulación, en términos de lo que podemos denominar la «novela familiar», atravesada por un lenguaje que es secuencia antropológica y cultural. Más allá de su pretendida condición como estructura «universal» y a la vez de «articulador psíquico», su presencia inconsciente en diferentes formaciones sustitutivas le da significado a lo edípico como *complejo nuclear*, más allá de las neurosis, en implícita trama vincular inconsciente y cultural.

Propongo entonces pensar el intrincamiento conceptual esencial de este concepto de la formulación y orientación freudiana, que en su dimensión singular da cuenta de procesos culturales y colectivos aproximándonos, en lo posible, a una concepción de ética que entiendo emergente. Que además implica y subyace en el posicionamiento de cada espacio analítico que habitamos.

Nuestro territorio de trabajo es el que habilita tramitar en transferencia las diferentes formas del dolor psíquico, el malestar, que siempre trasciende de lo singular, las vivencias reales o psíquicas de la insuficiencia y la muerte en sus diferentes formas y amenazas. Registros en un recorrido vital, delineados en angustia, constituidos en un devenir que nos trasciende.

Roudinesco (2014/2015) en el epígrafe de su libro sobre la biografía de Sigmund Freud ubica la siguiente frase de Jean-Paul Sartre: «*El secreto de un hombre no es su complejo de Edipo [...], es el límite mismo de su libertad, su poder de resistencia a los suplicios y la muerte*». Sin lugar a dudas, polisémicas nociones. Cada término es en alguna forma circunstancial y singular, e implica tanto el contexto de diferentes culturas como al contenido otorgado en su enunciación.

En mi percepción, *libertad* y límite, pilares sobre los que se constituye la convivencia humana, emanan del «trabajo» psíquico en dimensión determinante del circuito pulsional, donde lo edípico es proceso estructural y la ética es deriva. Esto es, si lo consideramos en referencia de secuencia cultural desde un fundamento greco-judeo-cristiano, de índole monoteísta y patriarcal, que antecede y condiciona al sujeto.

En definitiva, qué es libertad y cuál el límite encuentra su dimensión en el escenario del encuentro con el otro, y ahí es ya entramado pulsional y edípico, que por consiguiente engarzan sus raíces con la ética. Es esta la premisa que intentamos transitar, por supuesto, siendo más una línea de pensamiento que certeza.

Pensamientos atravesados por la vivencia dolorosa de un tiempo que parece diluir la capacidad humana de palabra y gesto, en el que somos testigos de lo que se va pronunciando como horror (*unheimlich*), ante la exacerbación del individualismo, los fanatismos, la indiferencia y la ajenidad, o el desentendimiento, que se extiende al otro en singular, a la cultura y a la especie en plural, acuñado muchas veces en el desarrollo tecnológico y neoliberal. Aun así, lo humano será siempre más anhelo, siempre más producir que posibilidad cierta o más imaginario reencuentro con un objeto perdido que uno alcanzado, más allá de la forma que su presencia haya adquirido.

La ética que podemos pensar en sentido de lo individual, pero que, en recíproca condición colectiva, es enlace regulador de un orden social.

Aun en su complejidad, da cuenta de aspectos fundamentales de las subjetividades que implican y confluyen en los diferentes espacios de trabajo que habitamos.

Cada vez que la trama edípica va configurando una escena, el psicoanálisis puede constituir un posible eje de comprensión.

DESDE EL MITO A LA TRAGEDIA: EDIPO

Una pregunta inicial: ¿De qué manera la estructuración psíquica, su dimensión singular inconsciente, puede confluir en un orden regulador de la intersubjetividad humana determinante de cultura desde la cual se revierte sobre el sujeto que la habita?

El filósofo polaco Kolakowski (1972/2006) alude a que:

Una sociedad en que el individuo intenta eludir la responsabilidad por los demás y en que languidecen aquellos mitos de carácter vinculante, se sirve más bien de otro tipo de mitos: los mitos del futuro, y en que éste pertenece al más fuerte. (p. 98)²

De alguna manera, en el mito confluyen sentimientos de pertenencia e identidad. Freud busca allí, en el mito. En la cultura helénica descubre a Edipo, comprobando así lo que en su tiempo, conocimiento y cultura va develando desde la clínica en recíproca relación. Descifrando lo inconsciente de un decir sintomático, teorizando desde la clínica de las neurosis.

La tragedia edípica refleja, a la vez que anticipa y constituye, prefigurando en su contenido los términos del conflicto psíquico.

Tomo aquí, de las palabras de Freud en *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]/1996b), la narración de la trama edípica:

2 La forma de mítica, en que el futuro pertenece al más fuerte, requeriría en sí misma un cuidadoso estudio.

Edipo, hijo de Layo (Rey de Tebas) y de Yocasta, es abandonado siendo niño de pecho porque un oráculo había anunciado a su padre que ese hijo, todavía no nacido, sería su asesino. Es salvado y criado como hijo de reyes en una corte extranjera, hasta que, dudoso de su origen, recurre también al oráculo y recibe el consejo de evitar su patria, porque le está destinado ser el asesino de su padre y el esposo de su madre. Entonces, se aleja de lo que cree su patria y por el camino se topa con el rey Layo, a quien da muerte en una disputa repentina. Después llega a Tebas, donde resuelve el enigma propuesto por la Esfinge que le ataja el camino. Agradecidos los tebanos lo eligen rey y lo premian con la mano de Yocasta. Durante muchos años reina en paz y dignamente, y engendra en su madre, no sabiendo quién es ella, dos varones y dos mujeres, hasta que estalla una peste que motiva una nueva consulta al oráculo de parte de los tebanos. Aquí comienza la tragedia de Sófocles. Los mensajeros traen la respuesta de que la peste cesará cuando el asesino de Layo sea expulsado del país.

Pero, ¿quién es él?

«Pero él, ¿dónde está él?

¿Dónde hallar la oscura huella de la antigua culpa?».

La acción del drama no es otra cosa que la revelación paso a paso y se demora con arte –trabajo comparable al de un psicoanálisis–, de que el propio Edipo es el asesino de Layo pero también el hijo del muerto y de Yocasta. Sacudido por el crimen que cometió sin saberlo, Edipo ciega sus ojos y huye de la patria. El oráculo se ha cumplido. (pp. 269-270)

UN MOMENTO PARA PENSAR DESDE LA TRAGEDIA GRIEGA

Un notable texto del filósofo inglés Simón Critchley (2014) transmite que la tragedia es en sí misma, como género y concepción, un mundo en escena, y a la vez, escena del mundo generando pausa,

confrontándonos con aquello que ignoramos sobre nosotros mismos, esa fuerza desconocida y violenta, minuto a minuto. Tal es la presencia algunas veces aterradora de un pasado que quisiéramos desconocer [...] y que, mediante el violento reconocimiento de la verdad de nuestros orígenes, la tragedia nos permite enfrentarnos, cara a cara con aquello que

desconocemos sobre nosotros mismos, y que sin embargo constituye lo que somos. (pp. 30-31)³

En la presentación del mismo libro, en el prólogo al trabajo de Critchley, el filósofo español Ramón del Castillo (2014) agrega: «La tragedia puede ser un estallido del “más allá de la Ley”, pero su devastación deja espacios vacíos para algún orden simbólico» (p. 21).

En la saga edípica, Layo recibe la condena divina por su deseo desmedido e ilimitado con Crisipo, al que, según algunas versiones, rapta y viola, desatendiendo el valor de la hospitalidad allí, donde Layo en su exilio había recibido refugio por parte de Pélope, padre del heredero del reino de Olimpia. Crisipo, en consecuencia, se suicidará.

La condena de Layo alcanza a Edipo, quien, siendo inocente, es condenado desde antes de nacer. Inconsciente de su origen, es ciego hasta que pueda ver⁴, para luego finalizar cegándose al ver. En Edipo, el cegarse es secuela del ver. Pero el ver puede ser tan doloroso como quedar ciego.

Un orden fatal se trasmite en un tránsito transgeneracional entre el poder omnipotente de los dioses cuya propia desmesura se encarna identificatoriamente en lo humano. ¿O es desde lo humano que se procuran dioses en quienes habita la omnipotencia desmedida?

¿Es también la narrativa mítica la que surge de un ordenamiento cultural que la antecede y excede? ¿Es, en secuencia trágica, una experiencia inicial reguladora del deseo la que se manifiesta a través del poder divino, de las que formas del destino son cómplices? Podríamos decir destino o repetición, de la que somos cómplices, en términos del efecto de lo inconsciente.

La pregunta persiste. ¿En qué se sostiene?

¿En esta línea de pensamiento es que Edipo enuncia algo que antecede a Edipo?

3 Sobre la tragedia, agrega: entender la tragedia, tanto la antigua como la moderna, en términos de una experiencia de ambigüedad moral, de complejidad política y de divisibilidad del yo.

4 Surge aquí una interrogante sobre el significado o el alcance de «ver», que en términos de una realidad psíquica está siempre pronta a desdibujar qué es lo que se ve.

A la vez, preguntarnos quién es el «legítimo» padre de Edipo. ¿Layo o Pólibo? Y su madre... ¿es Yocasta o Mérope⁵?

Para Edipo, la duda ha surgido desde lo que creía un aparente saber.

El oráculo transmite el vaticinio: matará a su padre y se unirá a su madre. Así advertido, se va de Corinto buscando huir de un destino irrefutable. Pero la pregunta al oráculo no es solo sobre su origen, también se dirige a un curioso juego de tiempos que revela un futuro.

Aun así, resuena un ¿quién soy?, como búsqueda de un saber que es tanto como su deseo, su enigma. Precisamente él, que es a la vez quien los resuelve.

¿La respuesta oracular condiciona su destino?

¿O es el deseo inconsciente y su prohibición?

¿Se va de Corinto, quizás por resentimiento narcisista ante la duda surgida⁶, buscando una verdad o escapando del destino vaticinado?

Huida de un destino o evitación de una confrontación mortal que conduce paradójicamente a Edipo al cruce de caminos con Layo.

Edipo podrá trabajosamente empezar a ver, o aun nosotros intentamos ver cuando decimos saber o creemos saber, sobre quién es el otro para uno y cuál es mi lugar en términos de una secuencia inconsciente que intentamos vislumbrar.

Es en este sentido que el conocimiento puede ser ley reguladora y la «palabra» que reconoce al otro delimitar lugares.

La ausencia de ley que regule lo pulsional implica quedar sometidos a hegemonías arbitrarias del poder, exacerbando individualismo, diluyendo lo colectivo, socavando niveles éticos.

En lo singular, el dolor puede ser el que surge desde lo «dicho» como certeza única desde un umbral psíquico, que somete o provee premisas condicionantes de fantasías inconscientes o encierro enigmático, hasta

5 Daniel Gil ha trabajado detenidamente este tema en el libro *Antiguos crímenes* (1994).

6 En alguna versión se hace referencia a una pregunta de Edipo, a propósito de su ausencia de parecido con Pólibo y Mérope.

que la palabra que habilita permita alcanzar, aun a tientas, formas de libertad menos condicionada, en un marco ético del encuentro con el otro. Esto constituye también el proceso psicoanalítico.

LO EDÍPICO

La noción de *conflicto* ha sido un eje a través del cual Freud ha construido paso a paso su andamiaje teórico. Desde distintos momentos teóricos y cambios metapsicológicos, el orden pulsional atraviesa al sujeto, modulando la configuración edípica.

¿Podemos pensar que, sin el efecto de los dualismos, no podría tener lugar el conflicto psíquico y humano que decimos confluye y da lugar a la complejidad edípica, y a «su resolución»? Y que involucra en su devenir una perspectiva ética del sujeto, comprometiendo y habilitando paradójicamente su libertad, la cual no es, sin conflicto subyacente.

En la prohibición del incesto en tanto interdicción, que podemos entender interposición, el prototipo de un orden estructurante que legaliza el lugar del otro/s y es en ese sentido en que habilita deseo en sus diferentes versiones y diversidades. Es también así *exogamia*, término que en mi forma de ver implica no solo un devenir de la sexualidad o el movimiento pulsional, sino también capacidad de elaboración simbólica y discriminación.

A lo que Freud accede a través de Edipo es al requerimiento cultural de la interdicción. Sófocles, en términos de tragedia, la enuncia como mandato divino y oracular, entonces cultural, de un destino. Su ausencia puede habilitar la imposición en forma de acto o de dominio posesivo, que podremos entender ingresa en la constitución subjetivante. El poder sobre el otro, las formas arrasadoras de poder sobre los otros se afincan en esto, provengan de lo individual o de lo colectivo. El poder ciego y no legítima.

Pero no solamente en tanto violencia y acto el incesto puede ser silencioso fantasma que encubre distintas formas repetitivas de encuentro, constituyendo síntoma.

No es posible pensar al sujeto solo, siempre surge en relación con una experiencia de amparo. Pero la exposición al deseo inconsciente del otro, a su presencia abusiva, no modula lo pulsional, anclando identificaciones fundamentales.

Siempre implícito el nivel pulsional, es desde este contexto que, ya habiendo recorrido el mayor tramo creativo de su obra, Freud en *Moisés y la religión monoteísta* (1939 [1934-1938]/1993) dice casi lacónicamente: «Ahora bien, ética es limitación de lo pulsional» (p. 114).

La prohibición instala conflicto intrapsíquico que va modulando limitación pulsional, la que siempre será de manera compleja y singular en cada subjetividad a partir de la represión original. Y que, no siendo referida solo a lo parricida e incestuoso inconsciente en la escena nuclear, se acerca más a la condición de una estructuración reguladora subjetiva, en términos de una transmisión cultural que retorna en cada sujeto, quedando impresa en la cultura.

Es en este sentido que en una publicación, hace algunos años, en el semanario *Brecha*, una estimada docente de esta institución, Marta Labraga (29 de julio de 1994), dice:

El conflicto edípico, articulándose sobre el deseo parricida y la prohibición del incesto, conjuga conocimiento e ignorancia. Desmesura y aceptación de los límites, deseo y castración, deseo de fusión y separación, que están en el nudo de la formación del hombre como sujeto y como ser cultural. (p. 26)

PARA UNA PERSPECTIVA ÉTICA

En la aproximación freudiana al concepto de *ética*, este es deriva de la instancia superyoica. No obstante, a mi criterio, requiere una distinción de las formaciones de dicha instancia. Inicialmente el superyó es consecuencia de la internalización de normas y valores morales impuestos por las amenazas y pérdidas siempre implícitas que, metonímicamente, implican el complejo de castración. En tanto amenaza, sería entonces imposición, una forma de *imperativo categórico*, diría Freud, en línea kantiana.

El conflicto inconsciente sobreviene entre lo pulsional y la instancia superyoica, de la que es constitutivo el ideal del yo, que es también reflejo de la confluencia de identificaciones singulares y colectivas que puedan aproximarse más a un nivel ético; aun así, en mi percepción se mantienen más en directa relación con la instancia parental singular, con una

pertenencia como ideal, a veces difícil de procesar. Por ejemplo, si el ideal mandata «ser exitoso» o «poderoso» a cualquier costo, entonces si «todo vale, nada importa», va constituyendo un nivel ideal que, racionalizado, arrasa y desconoce.

Ingresa acá otro nivel, el que supone la diferenciación de culturas, problema no menor, o aun las diferencias que corresponden a sectores de un mismo ámbito, sociedad o cultura. Parece que siempre habrá formas de una exclusión estigmatizante. Remito aquí al epígrafe, al inicio de estas líneas.

No obstante, no podría ignorarse al otro en su diferencia o desubjetivarlo en la búsqueda de una supremacía radical, diría también racial.

La ética no es solo un modo de comportamiento, trasciende la práctica cotidiana que nos regula.

La apropiación de un nivel ético requiere la apropiación subjetiva de un orden que trasciende el nivel de la amenaza o la identificación. Pienso así en una ética que es eje vital. Y quizás otra, que es la que se imprime como origen del derecho, que es temporal o circunstancial. Quizás el derecho sea modificable o falible, aunque no es cualquier circunstancia la que requiere una rápida y cambiante legalización. La que es eje vital va constituyendo, aun en la incerteza, pregunta: «¿Quién soy?», también «¿Quién eres?», en tanto reconocimiento del/los otros.

Siguiendo a Lévinas (1982), y uniéndolo con la concepción de la psicosexualidad infantil, la presencia del otro reflejará, dejará impresa la posible estructura que sostiene el orden pulsional. Lévinas propone una perspectiva de la alteridad desde una experiencia ética, donde el otro domina lo subjetivo en tanto lo precede y es lenguaje, y entonces, cultura.

Dice así en el capítulo que dedica a «La responsabilidad para con el otro»:

Hablo de la responsabilidad como de la estructura esencial, primera, fundamental, de la subjetividad. La ética aquí, no viene a modo de suplemento de una base existencial previa; es en la ética entendida como responsabilidad, donde se anuda el nudo mismo de lo subjetivo. (p. 79)

Se entiende entonces la responsabilidad como responsabilidad para con el otro.

¿Podemos entender, o extender, también esto en resonancia colectiva como responsabilidad? En especial en tiempos en los que el individualismo o incluso «los individualismos grupales» asumen protagonismo.

Un aporte de Judith Butler (2009) concurre en este sentido: «En efecto: hacerse responsable de uno mismo es confesar los límites de toda auto-comprensión, y considerarlos no solo una condición del sujeto, sino la condición de la comunidad humana» (p. 117).

Es Donald W. Winnicott (1963/1996) quien transmite complementariamente: «La preocupación por el otro se refiere al hecho de que el individuo se interesa, le importa y siente y acepta las responsabilidades por el otro» (p. 96), lo que deriva de la posibilidad integradora del yo desde un proceso que implica la ambivalencia, resultante de la integración pulsional relacionada con los objetos.

La responsabilidad es en amparo, y entonces representa instancias parentales en un orden identificador cultural que confluyen en regulación social para producir formas éticas de organización. También implica procesos subyacentes de niveles de conflicto intrapsíquicos inconscientes.

Por su supuesto, en lo que atañe al trabajo psíquico del proceso analítico, no se trata de un orden en el sentido de una reformulación altruista del sujeto, sino del deseo que, en escena transferencial, habilita posible responsabilidad.

En *El malestar en la cultura*, Freud (1930 [1929]/1996a) se dedica más en extenso al concepto de ética. «*El superyó de la cultura ha plasmado sus ideales y plantea sus reclamos. Entre estos, los que atañen a los vínculos recíprocos entre los seres humanos se resumen bajo el nombre de ética*» (p. 137), y un poco más adelante: «Y en efecto, la ética se dirige a aquel punto que fácilmente se reconoce como la desolladura de toda cultura» (p. 137).

SIGUIENDO A FREUD

Retomar a Freud es, a mi parecer, siempre imprescindible. En este caso, desde su inicial interés por la antropología y la etnología a sus estudios sobre arqueología y prehistoria que, como señala James Strachey (1955/1996), anteceden a *Tótem y tabú*. Strachey agrega en el prólogo a dicha publicación que desde la correspondencia con Fliess queda

registrada «la devoción» de Freud por los temas antropológicos y culturales (p. 4).

En las primeras comunicaciones psicoanalíticas, entre ellas el «Manuscrito N» (Freud, 1950 [1892-1899]/1986), ya alude a la represión de los impulsos hostiles hacia los padres. Es en este contexto que en ese mismo año 1897 narra a Fliess su sueño «Se ruega cerrar los ojos» (pp. 273-274), asociado al duelo por la muerte de su padre, ocurrida en 1896, sueño que será publicado poco tiempo más adelante en *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]/1996b, p. 323), dando cuenta de los sentimientos ambivalentes en relación con su padre, transmitidos en sus trabajos de esta época en más de una ocasión. Teorización edípica en ciernes.

A propósito de la ética, dice Freud en *Tótem y tabú* (1913 [1912-1913]/1996d): «querría enunciar este resultado: que en el complejo de Edipo se conjugan los comienzos de la religión, eticidad, sociedad y arte y ello en plena armonía con [...] que este complejo [...] constituye el núcleo de toda neurosis» (p. 158).

En «Psicoanálisis» (Freud, 1923 [1922]/1999a) agregará el *derecho*, dando cuenta así del nacimiento de una organización social «en la época primordial de la humanidad» (p. 249).

De nuevo, en *El yo y el ello* (1923/1997), recurriendo a la hipótesis de *Tótem y tabú*: «se adquirieron, filogenéticamente, en el complejo paterno una religión y limitación ética⁷, por el dominio sobre el complejo de edípico genuino» (p. 38). Dominio genuino no es, a mi entender, sepultamiento o aniquilamiento, sino el proceso o trabajo psíquico por el cual se arriba al reconocimiento del otro, en su alteridad.

El malestar en la cultura (Freud, 1930 [1929]/1996a) complementa la perspectiva:

Acaso se pueda empezar consignando que el elemento cultural está dado con el primer intento de regular estos vínculos sociales. De faltar ese intento, tales vínculos quedarían sometidos a la arbitrariedad del individuo, vale decir, el de mayor fuerza física los resolvería en el sentidos de sus

⁷ Trascendiendo aquí lo concerniente a una perspectiva de género.

intereses y mociones pulsionales. [...] el poder de la comunidad se contrapone como derecho, al poder del individuo [...]. El siguiente requisito cultural es, entonces, la justicia, o sea, la seguridad de que lo jurídico ya establecido no se quebrantará para favorecer a un individuo. (pp. 93-94)

El malestar en la cultura, el de este tiempo y no solamente, no puede, no debería justificar la desaparición de una responsabilidad individual y colectiva limitativa de un poder omnipotente y total, en ninguna de sus manifestaciones. Así sea desde el sometimiento que suponen las formas intransigentes del capital, que van diluyendo posibilidades solidarias.

Emergente del mítico asesinato del padre originario, todopoderoso y tirano de la horda, es que sobrevendrá un advenimiento de la cultura, en la trama que prohíbe incesto y parricidio. Desde la violencia del inicio, precisamente a partir de la construcción, siempre compleja y ambivalente, de «padre», y en la identificación primera con él, es que Freud ve las formas de regulación de la convivencia organizando formas legalizadoras, limitantes del poder.

Reafirmando lo concerniente a la identificación, en 1921, en el cap. 7 de *Psicología de las masas* y análisis del yo (Freud, 1921/1999b), comienza diciendo lo siguiente: «El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. Desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo» (p. 99). Y más adelante agrega: «toma al padre como su ideal» (p. 99).

Enunciación que, señalamos, siempre enigmática en su carga genérica, requiere pensar que alude a una imprescindible identificación en un origen, identificación primaria como premisa de lo que pueda denominarse una «función paterna» con independencia de quien la enuncie, dando lugar a formas simbólicas de humanización.

Pero, además, el lugar simbólico que implica «matar al padre» habilita, en sentido edípico, el deseo exogámico y la identificación.

Introduce la posibilidad social de reconocer al otro, hermano, prójimo y al colectivo que habitamos, lo que viabiliza atemperar la supremacía de la violencia.

Podemos pensar que «matar al padre» implica, en esta significación simbólica, la capacidad de sobrevivir de padre e hijo en un posible ordenamiento ético y afectivo. Se introduce así un aspecto de la confrontación

generacional que requiere el soporte de la mixtura ambivalente. Como toda construcción mediada por la represión primaria, constituyendo psiquismo y así malestar neurótico, la ambivalencia señala ser y no ser como el padre.

Volviendo a la premisa en que Edipo es estructura y complejo nuclear estructurante, esto supone también una dimensión narcisística. Narciso y Edipo como referencia a un momento condicionando en una dimensión *a posteriori* (*Nachträglichkeit*), sexualidad inconsciente. Compleja y fundante trama estructural en interrelación cultural subjetivante.

La estructuración implica el apuntalamiento, en términos de relación de amparo, de presencia y ausencia, como origen y modelo. Estructuración que implica a un *infans* intentando descifrar lo enigmático o incomprendible del otro de una transmisión inconsciente que, sumida en las formas de libidinización nuclear, resurgen como demanda pulsional. Es desde esta noción de amparo que surgen los aspectos fundamentales de la sexualidad humana: la necesidad vital, la pulsión en su fuente somática, la contingencia del objeto, el deseo en su ambivalencia y errancia sostenida.

Desde allí la bisexualidad que Freud señala desde *Tres ensayos de teoría sexual* (1905/1996c) como disposición de toda forma de sexualidad humana, que implica dos tiempos. «*El hallazgo (encuentro) de objeto es propiamente un reencuentro*» (p. 203). *O su búsqueda*.

Conjunción narcisística y edípica que habilita el desasimiento como proceso, que permite elaborar la condición del inicio inapelable de un destino pulsional incestuoso. *Drang* pulsional surgido como emergencia o exigencia corporal como condición de *Anlehnung*, esto es, apoyo condicionante del encuentro que es origen de la sexualidad en una relación de amparo⁸.

La secuencia generacional acuna y tiñe la ilusoria omnipotencia narcisística originaria, modelando la posible trama edípica. Vicisitudes de *his majesty the baby*.

El intrincamiento narcisista y edípico entonces será más en términos de una elaboración que de un sepultamiento, y más en función del sosteni-

8 Utilizo aquí la noción de *amparo* incluyendo las formas presencia-ausencia determinantes del sujeto psíquico en condición subjetivante.

miento de una ley organizadora, amenazada por el deseo de las formas incestuosas de relación con los objetos. Estas perduran y retornan con vigencia conflictiva desde la psicosexualidad infantil. En la frontera inconsciente de lo narcisístico y edípico, busca formas fantaseadas de realización, encierros que subordinan formas de satisfacción dual. Conflicto y angustia, ambivalencias y culpa en forma de una, muchas veces imperceptible, repetición. Desde allí la construcción del lugar del posible descentramiento de un encierro que puede adquirir distintas consecuencias psíquicas, donde se hacen afectivas y efectivas las manifestaciones de la angustia.

Dicho de otro modo, con letra de Marcelo Viñar (1994) en *Antiguos crímenes*:

Escena familiar de la filiación donde todos supimos, antes del análisis y de los libros, aunque estos rubriquen la convicción, que allí se pone en representación y en acto algo fuerte e intenso que nos acompañará durante toda nuestra existencia y que de un modo o muchos, no siempre coherentes y conscientes, marcará nuestro destino. Drama de violencias donde coexisten el amor, la gratitud y el reconocimiento, con el desdén y la vituperación, escenas donde priman sentimientos cándidos e inquietantes. (p. 41)

El Edipo será desasosiego vital en tanto repetición desapercibida que signa un lugar también en la serie placer-displacer⁹. Pero la pregunta sobre qué es placer o displacer requiere ser interpelada no desde una normatividad homogeneizante, sino desde el trabajo con lo inconsciente. Será imprescindible una consideración que incluya otro dualismo, el que va más allá del principio de placer.

Por otro lado, también la repetición de los discursos establecidos desde lo nuclear y la cultura puede perpetuar una demanda de amor o enlazarse a un deseo ilusorio de unión privilegiada, cualquiera sea esta, que requiere del proceso elaborativo singular.

9 ¿Podemos pensar cuánto de esta serie tiene fundamentos en fantasías edípicas que vinculan la culpa, por ejemplo, a un placer «masoquista»?

FINALIZANDO

De alguna manera, Edipo es, en su complejidad, un modelo que inaugura una posible humanización y sostiene aspectos de un orden cultural de diferencia, de alteridad y de producción ética, también responsabilidad por el otro, que no es lo mismo que sentimiento de culpa.

La consistencia legalizadora, representada desde un lugar diferente, va construyendo el límite que instaura un orden de diferencia, que no es el de la versión única que busca igualar, escotomizando la desigualdad, ni la de la ambición por un poder autoritario.

Lo edípico, en tanto lazo social, modela y modula la manera en que cada cultura regula el límite sobre el cuerpo del otro.

Y esto es, en tanto transmisión de una ética, que es también una forma del amparo. Que permite distinguir lo diferente del otro y el enigma de su deseo, aceptando no saber.

Pero orden ético o legitimador no es rigidez ni permisividad, es límite desde la noción de *amparo*. Amparo, a veces refugio de las formas de la propia demanda pulsional. En ausencia de esta noción de amparo, las formas de exclusión y de desarraigo prevalecen en lo social o singular.

El desamparo instituido diluye la ética, constituyendo, por lo contrario, formas de violencias en versión de cultura que se encubren, muchas veces sutilmente, en expresiones discursivas políticas que enlazan modos de estructuración singular.

Si bien la ética es atinente a cada tiempo y cultura, lo que se universaliza y sería necesario, en mi opinión, es sostener el nivel simbólico que da lugar a la diferencia, al límite en tanto regulación de la desmesura y producción de alteridad.

Implica, además, cuestionar formas prescriptivas de normativización.

El Edipo es el trabajo psíquico de habilitar y reconocer quién es ese otro, cuál es su lugar con relación a mí y los otros, y, entonces, cuál es mi propio lugar en esa relación, aun desde el conflicto humano.

También puede ser la demanda dirigida al otro del sostén inicial, que luego busca repetirse en expresión sintomática de manera inconsciente en el encuentro posterior, mientras se procesan diversas formas del *desasi-*

miento. Estas implican elaboración de duelos que entraman y presentifican las configuraciones narcisistas y edípicas, en recíproco proceso.

Demanda imperativa que puede forjar la vivencia de una posesión en lenguajes que provienen de lo inconsciente o aun del discurso cotidiano en trama de poder.

Esto incluye una pregunta, no menor, sobre qué es lo que me pertenece y qué no, qué se procesa desde esta dimensión de estructuración psíquica inicial. Lo incestuoso es fundamento inconsciente de esta posesión de dominio sobre el otro.

Posesión y poder constituyente, en el peor de los casos, que busca ser derecho, a la vez que lo amenaza. Y que ciega en tanto no se ha constituido en un límite arraigado en el sujeto de qué se puede y qué no.

Y si existe alteridad, el otro comienza a ser un enigma, en su diferencia reconocida. No el que se interpone en un camino. Esto habilita reconocer el orden pulsional singular, que confluye en el orden de lo colectivo y retorna en subjetividad.

La ausencia de una regulación como función mediadora afecta el orden simbólico, sin el cual el acto, en cualquiera de sus formas, adquiere presencial dominio, buscando legitimarse arbitrariamente. Pienso que este nivel de la conceptualización edípica, en clave postheteronormativa, diluye la polaridad que concierne a lo biológico o a una concepción binaria de la diferencia. Se restringe también, de esta forma, entender el fundamento de lo edípico, adosado a conceptos de salud o enfermedad, o a una normatividad asilada en diferentes manifestaciones del poder o el beneficio de lo corporativo o institucional.

Finalmente, aun en su dimensión muchas veces cuestionada, «donde ello era, yo debe advenir», puede no haber caducado cuando, procesalmente, paso a paso, transferencia mediante, en el sujeto y en la cultura se genere trabajosamente regulación ética que se interponga entre las condiciones humanas de creación e históricos niveles de destrucción, aun a sabiendas –y de la misma manera en que Freud siempre supo–, su condición de escenarios de lo humano. Validando también de esta manera el marco y vigencia del trabajo psicoanalítico. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Butler, J. (2009). *Dar cuenta de sí mismo: Violencia ética y responsabilidad*. Amorrortu.
- Castillo, R. del (2014). Prólogo. En S. Critchley, *Tragedia y modernidad*. Trotta.
- Critchley, S. (2014). *Tragedia y modernidad*. Trotta.
- Freud, S. (1986). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950 [1892-1899]).
- Freud, S. (1993). Moisés y la religión monoteísta. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 23). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1939 [1934-1938]).
- Freud, S. (1996a). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930 [1929]).
- Freud, S. (1996b). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 4). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900 [1899]).
- Freud, S. (1996c). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 7). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (1996d). Tótem y tabú. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 13). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913 [1912-1913]).
- Freud, S. (1997). El yo y el ello. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (1999a). Dos artículos de enciclopedia: «Psicoanálisis» y «Teoría de la libido». En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923 [1922]).
- Freud, S. (1999b). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- Gil, D. (comp.) (1994). *Antiguos crímenes: Edipo-Narciso-Caín*. Trilce.
- Kolakowski, L. (2006). *La presencia del mito*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1972).
- Labraga, M. (29 de julio de 1994). La violencia de los orígenes. *Brecha*.
- Laplanche, J. (1996). *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1992).
- Lévinas, E. (1982). *Ética e infinito*. La Balsa de Medusa.
- Perelberg, R. (2010). Padre asesinado, padre muerto: Revisitando el complejo de Edipo. *Revista Anual de Psicoanálisis*, 25, 157-172.
- Roudinesco, E. (2015). *Freud en su tiempo y en el nuestro*. Debate. (Trabajo original publicado en 2014).
- Sogliano, G. (2022). *¿Cómo haremos para vivir juntos? O sobre un «decir» del futuro*. *Calibán*, 20(1), 94-103.
- Strachey, J. (1996). Nota introductoria. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 13, pp. 3-6). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1955).
- Viñar, M. (1994). El Edipo freudiano, un saber recurrente y sin fin. En D. Gil (comp.), *Antiguos crímenes: Edipo-Narciso-Caín* (pp. 39-51). Trilce.
- Winnicott, D. W. (1996). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Paidós. (Trabajo original escrito en 1963).